

a que lo llevarán, tal como cuenta la tradición oral: ¿Nombre? Soy demasiado conocido para responder. ¿Edad? Los artistas y las mujeres no tenemos edad. ¿Nacionalidad? Universal. Profesión? Ironista. El ingenio de que disponemos después, la mordacidad de sus réplicas abocan la verosimilitud de estas frases. Todo en él concluía en literatura. Las dos balanzas se le alojaron en los pulmones, dan nacimiento a un folleto. **Diadema fúnebre**, con una mancha de sangre en la tapa, y a partir de entonces pescaba Montevideo con el chaleco aguzado por los balazos: "mis condecoraciones", etc.

Para esta fecha prácticamente está en la infancia. Ya no vivía en el Hotel des Pyramides, sino en casa de unas tías. Comía en un pequeño restaurante de la plaza Independencia y en la nada aristocrática "Fonda del Vasco" de la calle Bacacay; su elegancia se mantenía a base de penas, los zapatos estaban envejecidos, el abrigo de paja agujereado. Quizás recibiera algún dinero de "El Día", pero su situación se había hecho desesperada, y forzoso era conseguir un empleo. Se había intentado enviarle un consúl a La Plata —nombramiento de un consúl— pero el gobierno argentino se opuso. Entonces se le nombra consúl de distrito en Paraná, hacia donde parte en 1907. Había conocido su ciclo brillante, y comenzaba su purgatorio. Sus folletos ya no serán los mismos. El furioso torrente palabrero no desaparece, pero ya no recurre con sus joyas, al gusto antiguo, a las bellezas femeninas, sino que comienza a tratar una espiritualidad que le había sido ajena. Quizás influencia de sus más jóvenes discípulos, especialmente Alberto Zum Felde que desde 1906 lo trataba asiduamente y admiraba tanto como el Ahasverus de Edgard Quinet. En el caso La visión del Arcángel (1908) es la una frontera que marca este purgatorio.

TAPAS doradas con letras rojas; hojas blancas con letras rojas, parecería el mismo producto lujoso y hedonista, pero empieza así: "Vacilante, en los campos de la ebria Razón metafísica, en cada espina del Recuerdo, acerbamente el Peregrino ensueña el jay! de la huella..." En 1909, en Curityba, en una edición más amplia y más lujosa que todas las anteriores, pero plagada de erratas, aparece su mejor libro, **La Venus Celeste**, y que sin embargo es casi enteramente desconocido. Es, al **Psalmo**, lo que **Cantos de vida y esperanza** es a **Prosas Profanas**: el instante de recogimiento interior, de soledad, de melancolía. Y suena con un acento verdadero que se desliza entre la hojarasca verbal como no ocurría en el estruendo de su época erótica: "Alma mía, está exangüe la tarde como hecha de tí después de haber sufrido..." Así también está hecho el libro. Por primera vez ha escrito uno voluminoso, con 156 páginas; de ellas la mayoría son ejercicios de estilo superficial, rellenas de palabras, pero de pronto una emoción recoleta, angustiada, emerge con veracidad entre ese farrago. Y volverá a percibirse en **Suspiro** a una palmera.

¿Qué hizo en Paranaguá, y después en Curityba? En 1910 envía a Delmira una carta para agradecerle **Los cantos de la mañana**, una carta notable de precisión interpretativa, que todavía puede verse expuesta en Amigos del Arte. Su postdata es dramática; en ella se olvida de su pose de poeta, y garabatea su desesperada situación: "Excusad las tachas: el calor y el presidio. No sé si sabréis que Paranaguá es como una Cárcel: vivo en medio a un puñal del a... me tal como si me hallara en una Correccional". El papel está desgarrado, faltan palabras, pero todavía al final puede descifrase: "Os escribo desde una Ciudad próxima elevada; si ella no existiera esta carta no existiría tampoco; en Paranaguá no se puede tomar la pluma por la acción particular del clima que

embota el cerebro, entorpece, deprime contra todo esfuerzo... Está incensado por exhalaciones palúdicas y arde en Verano a la temperatura de 48 gdos. ¡Tal es la ironía de los dioses fehacientemente malignos!... Esta carta, con sus defectos, pese a ellos, ha sido copiada o rehecha cuatro veces lo que prueba que no os presento un borrador negligente sino que por el contrario he escrito para vos cerca de cincuenta páginas".

Discretamente fueron comunicadas al gobierno uruguayo las excentricidades de su consúl en Curityba. Daniel Muñoz informa de la necesidad de trasladarlo, y al fin de un largo expediente es repatriado con el pretexto de un traslado a Asunción donde nunca fue. No reconoce a nadie, no quiere hablar con nadie; gusta de pasear solo por esos barrios por donde antes nunca pisaba: el Cordón, la Aguada. Algún amigo lo encuentra y trata de conversar. Da voces, exclama: "Sirenas, serpientes", y desaparece. Unas tías lo atienden. Luego se hará cargo de él su hijo. Como en el caso de su madre, se ha cerrado el ciclo: al frenesí erótico, mucho más literario que real, ha seguido la locura. Durante años, en las casas de Salud, en el hogar de su hijo, escribe sin cesar: proyectos de gobierno, planes, hojas con consejos, incoherencias. Es la oscuridad luego de quince años en que destelló como una estrella de primera magnitud en el cielo de la "aldeia": se consumió en un fogonazo.

Si hubiera que elegir de su obra, amontonaríamos algunas páginas de **La Venus Celeste**, algunos trozos de **Al lector** algunas de sus "piquettes" menos transitadas, y casi todas sus polémicas, porque no hubo en el país nadie que supiera injuriar por escrito como él, que hiciera de las palabras espadas. Sus polémicas con Julio Herrera, con Vasseur, son inolvidables. Pero todo eso no es nada comparado con su historia personal. El también, como el intérprete inglés de la década amarilla, puso su genio en la vida.